

—¿Tanto sabe de mí por mis zapatillas? Me va a hacer correr a la tienda a comprar otras —Domingo intentaba recuperar confianza con un poco de humor. La cara del hombre se deformó con una carcajada. El sonido estridente de su risa le recordó a Domingo cómo todos habían reído en el descanso de cosas que pasaron el día anterior, pero que Domingo no lograba recordar.

—¡Claro, muchacho! ¡Faltaba menos! ¿Acaso no crees que todo tiene una razón de ser? ¿Crees que es casualidad que estemos en esta banca precisamente, y tú estés leyendo ese libro precisamente?

Domingo hizo una mueca de fastidio. Otro filósofo de parque, pensó.

—Todo está muy bien medido, muchacho, lo que se quita, lo que se agrega. Lo que se quita en especial. —El hombre perdió la mirada en el horizonte al decir esas últimas palabras.

Lo que se quita, esas palabras resonaron en la mente de Domingo. Se preguntó si es que había algún significado mágico entre ellas y su extraño día. Quizá sus amigos habían decidido quitarlo de los desmanes del día anterior, quizá habían decidido tenerlo al margen porque perdieron la confianza en él.

—No sé, a mí me parece que todo está muy bien como está.

—Pues a mí me parecía que en esa esquina hacía falta un puesto de cafés y ya ves. —El hombre alzó sonriente su vaso de tecnopor.

—Domingo —empezó nuevamente el hombre, mientras miraba al infinito—, quizá algún día, si vuelves, puedas entender que una historia a veces es mejor, no por lo que incluye, sino por lo que deja fuera.

El hombre volvió la mirada hacia el otro extremo de la banca, detuvo los ojos en la copia abandonada de *Crónicas marcianas*, la tomó, dio un último sorbo a su café, se puso de pie y caminó hasta desaparecer entre la gente.

INADVERTIDO

KNOCKOUT

Gracia Sánchez Griñán

La vida social de cada alumna se definía en este particular momento: 12:40, hora del almuerzo en el gigantesco jardín sintético. Este sitio era el núcleo de toda amarga calumnia, el agujero negro ubicado entre los tres pabellones. Las escolares dejaban correr el agrio sabor que invadía sus mandíbulas cada vez que pisaban aquel Edén.

Alexia Tudela desfilaba por el campo bajo las densas nubes de color plomo. Todas las alumnas la contemplaban y eso la ensoberbecía. La pegajosa humedad se impregnaba y el viento congelaba hasta el último pelo. El olor a envidia y la helada ira se rebalsaban de la institución. El grupito de las Amigas y Rivales degustaban sus dietéticas loncheras, mientras presentían la llegada del último chisme: la alumna nueva.

Esperanza Añaños provenía de Ayacucho, lugar donde aprendió a enmudecer sus pensamientos. Su familia decidió migrar a Lima en la época de Sendero Luminoso y, con el tiempo, se convirtieron en exitosos empresarios textiles. Su peculiar adicción por comer obleas todos los recreos era un acto aborrecido por Alexia. Esperanza había encontrado en esa galleta el santo remedio para aliviar las incontrolables angustias que la ahogaban. La suave piel morena que poseía, su esbelta figura y su deslumbrante cabello oscuro eran los puntos de ebullición de los incontrolables celos de Alexia. Fue así como se convirtió en su nuevo blanco.

Una lluvia intensa. 3.00 p. m. Esperanza acababa de llegar a su casa después de haber sobrevivido a otro largo y degra-

dante día. Trepó las escaleras para comenzar con las desafiantes tareas que le habían asignado. Un trabajo consistía en plasmar una extensa descripción física de sí misma, resaltando los rasgos principales. Extrañamente, Esperanza encontraba sus características repugnantes. Evocó un rostro de puño y un esponjoso cabello oscuro. Ella creía ser una de las alumnas menos agraciadas.

Esperanza cerró el refrigerador y se dispuso a untar la mantequilla sobre su pan. Lo trasladó lentamente a su boca mientras que observó a Clorinda, su empleada, sujetar su negra melena. El pan se deslizó por su blusa a la misma vez que su rostro se iba convirtiendo en un pálido papel. El cuchillo rebotó sobre el suelo y, en respuesta, Clorinda giró bruscamente. Fue ese el momento en el que Esperanza se percató de que aquella señora lucía un lunar exacto al de Alexia, repugnante y nauseabundo. Nunca antes lo había apreciado en ella. La bocina de la movilidad chirrió y Esperanza se lanzó sobre la puerta. No tuvo tiempo para hacer preguntas ni obtener respuestas.

La coincidencia la había dejado desconcertada. Tenía que hacérselo saber a Alexia para corroborar sus suposiciones. Es urgente que conversemos, fue lo único que escapó de su boca. Desconcertada, no dudó en correr tras Esperanza y le vociferó: ¿Qué tanto tienes que hablar conmigo, ah? Solo por esta vez tendrás el honor de que te preste mi tiempo. 12.40 en el jardín, dio media vuelta y se fue.

Tintineó la campana. El ansiado momento había llegado. Esperanza aguardaba la llegada de Alexia. Finalmente sintió que su voz tronó detrás de ella.

—Dime rápido —dijo mascando un chicle.

—¡Ay, Alexia, me asustaste! —suspiró Esperanza al voltear súbitamente.

—Sí, yo sé. Bueno, ya, habla.

—Alexia, no sé cómo decirte esto, pero...

—¿Pero qué? Dios, ¡qué lenta eres! —interrumpió Alexia.

—La cosa es que creo que he encontrado a un familiar tuyo. No sé si la conozcas.

—¿De quién me estás hablando?

—De mi empleada, Clorinda. Tiene el mismo lunar que tú en la nuca.

—Es un lunar nada más —respondió con voz irritada.

—Mira, Alexia, según Clorinda, es muy extraño encontrar ese lunar en personas que no pertenezcan a la misma familia —mintió Esperanza—. ¿No te parece raro que justo ustedes dos tengan ese mismo lunar, del mismo tamaño y en el mismo sitio?

Un vasto silencio invadía el espacio entre las dos.

—¿Qué quieres decir? Que tu empleaducha y yo somos familia —carcajeó Alexia—. Por favor, no estoy para tus bromas, ¿ya? —En el fondo la incertidumbre la estrangulaba.

—No sé, Alexia. Creo que ahora la que se tiene que preocupar por sus orígenes eres tú, no yo —dijo firmemente.

—¿Mis orígenes?

—Sí, tus orígenes. De dónde vienes, quiénes son tus verdaderos padres, cómo llegaste hasta aquí. No sé, ya tú averígualo —exclamó Esperanza.

Era la primera vez que alguien en el colegio se atrevía a noquear a la temida Tudela.

Todas estaban sentadas en sus carpetas, listas para comenzar con la clase de matemáticas. La profesora entró y se dispuso a tomar el registro de asistencia.

—Tori.

—Presente.

—Torres.

—Presente.

—Tudela.

Nadie respondió. Todos se quedaron en silencio.

—Hace dos meses que no viene a clase, profesora

—respondió finalmente alguien.

—¿Saben algo de ella? —preguntó, bajándose los lentes.



ABRE LOS OJOS

Ignacio Vigo

El insoportable chillido provenía de la mesa de noche adyacente a la puerta, era la alarma del despertador. Había olvidado que la programó la noche anterior para no pasar las acostumbradas desventuras de quien llega tarde al colegio. Desganado, volteó la mirada y la dejó fija en el ventanal, aún no amanecía y la penumbra bañaba la todavía silente calle barranquina. Trató de disfrutar la fugaz aura de sosiego, Lucho sabía que en un par de horas la vorágine de las máquinas desbarataría el encanto casi místico de la alborada. El despertador permanecía en su incesante alarido.

Se desprendió del cálido albergue que su litera le prestaba. Una a una fue descubriendo sus extremidades, se sentó y exhaló profundamente su resignación. Apenas pudo levantarse, se aproximó raudamente hacia la mesa de noche y de un fuerte golpe apagó la alarma. Salió de su cuarto con el andar pesado de quien se acerca a la ineludible ejecución, se apresuró a encender la ducha y a desprenderse de sus ropas para meterse en ella, con la esperanza de encontrar mucho más que un jabón disuelto y una botella de champú medio vacía.

Su cuerpo desnudo y empapado acentuaba más el frío de la mañana. Solo dejó que unas pocas gotas lo abrazaran, sacudió la cabeza y se asomó por la puerta del baño mientras buscaba con qué secarse. Levantó una toalla del piso, todavía estaba húmeda. Le molestaba saber que se aproximaba el siempre desagradable momento de llegar al salón de clases y encontrarse con el bullicio de sus compañeros. Mientras se secaba la humedad del cuerpo, cogió la pasta dental, la acarició sobre el cepillo y la metió en su boca dando